

# A Estela no le gustan los 5 de julio



**Miguel Ángel Hernández Martínez\***

*mahernandezma@unal.edu.co*

—...Eeeso, perrohijueputas, sigan así que después los matan. Y después quieren que ni mierda. Já! Los veré después comiendo mierda aaaajajaja. Con la autoridad no se metan, hijueputas.

—Encierren a esa perra...

Lúcida como la cordura, expiraba al viento la locura, elocuente declamatoria de madrazos a una pareja de 'ñeros' que fueron a averiguar por un parcero suyo a la estación de Policía de Suba.

Digo yo que eran 'ñeros' porque así como mucha gente —tanta que no alcanzaría a nombrarla— he aprendido a clasificar tipológicamente a las personas, y lo hago muy bien. Hay unos como Elkín Fiallo, por ejemplo, tatuados con demonios, monjas prostitutas y otras bestialidades por todo su cuerpo —el de él es el logotipo de *Mayhem*, su banda favorita, y se lo hizo tan grande que le ocupa todo el pecho—, vestidos con ropas más negras que la misma muerte, chaquetas de *jean* entintadas con blasfemias de ateísmo escolarero y botas pesadas y de tortuoso cuero que compran en los almacenes militares de la calle novena. A este tipo de gente la he catalogado como 'satánica'. Hay otros, en cambio, cuyas cachuchas parecen desafiar la gravedad al verse como levitando sobre sus cabezas; la visera que les oculta medio rostro y un áureo mechón que descuelga serpenteando cual el río Bogotá sobre sus mejillas. Anchas sus ropas como si por asco prefirieran estas no tocarles el cuerpo; a la vez que las jovenzuelas, despojan de su vientre toda prenda que impida a las miradas morbosas penetrarlas por el ombligo. A este tipo de gente la he catalogado como 'ñera'. Por eso, la pareja de aquella noche, era sin duda una pareja de 'ñeros'.

—Eso, coma mierda, no sea metida loca malparida...

▷ \* Estudiante de Antropología de la Universidad Nacional.  
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

Tengo, sin embargo, y como es normal, serios problemas en mi inventario de personas. Muchos llaman loca, incluso yo por costumbre y comodidad también, a la señora que por nombre tiene Estela. Pero ¿cómo clasificar la locura?

Anda como amortajada entre dos cobijas grises, una más corta que la otra y un chal rojo de cuadros escoceses arrastrándose por el piso. Mi abuela, recuerdo, se levantaba de la cama con una “cuatro tigres” encima de la ruana para ir al baño a hacer chichí todas las mañanas a las cinco en punto. Mi familia, por eso, nunca la llamó loca. Ni siquiera hoy, cuando de su razón ha empezado a huir se atreven a llamarla así, prefieren decirle ‘senil’.

Estela deambula con los zapatos rotos, unas botas medianas de cuero negro que una caneca de basura le regaló hace año y medio. Tengo un par de amigos, y otros conocidos, amigos de mis amigos, que rompen con gusto sus *Converse* o se ponen los más viejos y andrajosos zapatos de sus papás. Pero no por esto les dicen locos, aunque menos no quisieran. Ellos, por ahora, se hacen llamar Emos, porque luego, cuando desfallezcan en su intento por enamorar a la muerte, cuando la tristeza de sus ojos ensombrecidos se desvanezca y cuando la androginia escape de las posibilidades de su cuerpo, volverán a buscar qué ser, haciéndose llamar de otra manera.

Dichosa se arropa la cara con su pasamontañas verde, estilo paramilitar, incluso cuando el sol derrite los chocolates de doña Mary. Casi que puede verse cómo el calor le empaña las pupilas, pero ella es terca y no deja que nadie se lo quite. En algún tiempo, cuando en el imaginario colectivo no se concebía otro lugar turístico que Girardot, tuve por desgracia una fortuna vivir allí durante un año. Mas fue imposible adaptarme a aquellas bárbaras costumbres, según las cuales para ser aceptado había que ponerse bajo la sevicia del estío, el gorro de lana que algún tolimense tejía y el que todos compraban creyendo que era un *Nike* original. Casi salgo apuñaleado por antipático y desobediente. Si en mi barrio “lo último” fuera usar pasamontañas estilo serrador, seguramente antes de cualquier cosa, todos dirían que la vieja está a la moda.

Siguieron tiempos funestos, de ruinas y desórdenes alimenticios, en donde la obsesión descontrolada por coleccionar compactos estuvo a punto de volverme anoréxico. Casi que mi pueril aspecto se desgastaba al ritmo de mis Croydon, cuando recorría las interminables filas de baldosas de concreto para ahorrarme lo del bus y resumía el “corrientazo” en una empanada de hojaldre para embolatar el hambre. Todo por llegar el viernes con una nueva joya de metal colombiano. El sábado temprano prendía la grabadora y girando hasta el tope la perilla, me revolcaba entre las colchas escuchando *Cortejo Fúnebre* y se me erizaba el bozo con el magnetismo del micrófono cuando cantaba *Pogotá*. Luego entraba desesperada mi mamá golpeando la puerta con los puños, de la misma manera como yo le pegaba al colchón cuando sonaba *Dios ha muerto*, y gritándome como gritaba *Manitú*, me mandaba cambiar esa “música de locos”. Que le cuente Estela qué música escucha ella, para que se dé cuenta de a cuántos les gusta lo mismo.

Indignada, suele quebrantar el silencio de la noche cuando algún 'ñero' imprudente se atreve a desafiar la autoridad, porque ella, recostada sobre uno de los muros que limitan la estación de Policía, tiene como oficio defender a los policías de los hijueputazos que lanzan punzantes como un puñal, los visitantes de los detenidos ante la indolencia del teniente. No olvido cómo un día mi padrastro reventó a golpes a un latonero oportunista que, al presentir la soledad de mi mamá, quiso robarle los repuestos del Chevrolet Chevette Coupé modelo 83 que hasta hace poco tuvimos. Admiraba perplejo el escandaloso tropel y cada grosería del cucho seguida de un puñetazo, me llenaba de arrogante orgullo. Me volví popular en el colegio y dejaron en el recreo de robarme las onces. ¿Cuál loco? Todo un varón. De ser el escándalo y la grosería síntoma de locura o indicio para reconocerla, las cantinas, balnearios, moteles, billares, escuelas, inquilinatos, prostíbulos y pasillos de centros de convenciones, estarían sólo concurridos por sordomudos. El resto, estaría en Sibaté pasándola mejor.

Pero el viento no es solo para Estela el transporte de sus madrazos, es el que casi siempre escucha sus reflexiones, se aguanta los regaños y se enreda en esas complicadas discusiones. Incluso a veces pareciera aconsejarla, porque hay momentos en que ella, conteniendo la respiración, se ahoga en un silencio absorto que casi siempre interrumpe la inoportuna curiosidad de algún 'ñero', esos payasos que no hacen sino molestarla. La gente pasa y con extrañeza se ríe del solitario escándalo. Pero yo, ahora que le tengo cierta admiración, decidí vengarla aún sabiendo que nunca me lo va a agradecer, riéndome de cuanta persona habla sola mientras camina, de cuanto ejecutivo manotea cuando se sienta a tomarse un tinto y de cuanta señorita sonrío y se estremece por los recuerdos cochinos que le llegan por el reflejo de las ventanas del bus. Empecé hace cuatro días y ya me he reído como de cien personas. Yo no entiendo de qué se extrañan.

Hoy, 5 de julio, vi a Bogotá vestirse de blanco, cuando de ese color le dijeron que se vistiera. La vi moverse. La muchedumbre se levantó como los pañuelos que agitaban las manos adoloridas de los ancianos más pobres. Y comenzó la diáspora. Marcharon porque les pidieron que marcharan. Pero también les ordenaron detenerse y toda ella se detuvo. Las tabernas, los hospitales, las grandes industrias, las microempresas fracasadas, las busetas. Mas cuando el bus en el que yo iba frenó en frente de una escuela militar, vi que ninguno allí había marchado. Ni siquiera protestaron porque, seguramente, tienen orden de estar de acuerdo con la guerra. También obligaron a los de Transmilenio a pitar, y todos por voluntad propia hicieron sonar sus bocinas, mientras las voces ya temblorosas repetían como el eco, el primer grito del líder que imponía la frase. El pueblo se sublevó cuando le avisaron que ya era hora. Pero Estela no marchó. Esperó mejor que su radio anunciara el fin de la comedia, así como también sigue esperando que algún día a alguien se le ocurra decir con voz colectiva, que ya no aguantamos más la pobreza. Ese día, estoy seguro, Estela marchará, y se levantará como lo hicieron hoy las masas, y gritará, y llorará, y satisfecha, esa misma tarde se recostará en el andén que por la noche le sirve de cama.